

ni a sus hijas, sólo se amaba él y sólo al dinero dedicó todos sus afanes, ahora lo tenía en abundancia y sólo le servía de humillación. ¡Qué vida la suya y qué irracional su conducta! El, que siempre fue tras el dinero, veía ahora que no representaba gran cosa para su felicidad. Era vergonzoso, que él, Emilio García, se hubiese enlodado, de tal manera, vegetando en aquel pueblo en un parasitismo económico que ahora le repugnaba. Consiguió a la palurda adinerada, pero, ¡vaya un hallazgo! Su mujer rica, pero vulgar e inaguantable, que al hablar decía *antiguísimo y diferencia...*, no sabía cómo aguantaba aquella situación insostenible. Pensó en su hogar frío y desgajado: sus hijas internas en un colegio, su mujer, huyendo de él y él encanagado en el casino, cuando no en lugares inconfesables.

Se sentía asqueado, por haber malgastado en un empeño irrisorio su pasada existencia..., toda su vida, ¡qué sarcasmo! y había ¡sido él mismo quien se marcó la derrota. Su amigo Ricardo, sí que era feliz, hasta tenía lo que tantas veces deseó: un varón que heredase su apellido. El tenía dos hijas, pero idénticas a su madre y le querían poco, tan poco, como él a ellas. Reconocía que toda su vida estaba trunca, todos los remedios ineficaces, sólo le quedaba el maldecirse por elección desacertada.

Ahora empezaba a dolerle la cabeza, le ocurría esto siempre que pensaba. Se decía que las ideas, los pensamientos, parecían tener peso y se acumulaban en su cerebro unos con otros formando un cuerpo bullicioso que aumentaba la presión en su cráneo. No era un dolor fuerte, era un murmullo loco muy desagradable, por eso nunca quería tener pensamientos en su interior... Este Ricardo y su encuentro le traían dolores de cabeza. Era preciso desentenderse de los recuerdos. ¡Al diablo Ricardo! Emilio García había venido a Madrid a divertirse. Estaba ahora en la Gran Vía... buscó un bar lujoso y entró decidido... para empezar la juerga tendrían que beber en abundancia.



DIA y HOMBRE

El día cruje como un barco encallado.
y la luz está ahí con su anillo de blanca desposada.

El hombre se levanta
con el temblor que tiene la madera
cuando el brillo del hacha ilumina su piel.
descorre las cortinas,
se desviste de sueño
y pone su cabeza en los puños del agua
para sentir la realidad que llega.

El hombre toca el hueco de la taza,
pone un beso de abeja sobre el borde
y se bebe la sangre de la yerba;
toma un cigarro entre los dedos
y va durmiendo el humo entre sus pasos.

La ciudad está ahí con su brillo de fleje,
con su cantar de cuervo,
con su empuje de río,
con su rodar de aro
y sus paletas húmedas de muerte.

El hombre está en la altura,
pisa el cuerpo planchado de los árboles,
golpea contra el hierro que enrojece de rabia
o escribe en la oficina helados alfabetos.

Después viene la novia,
la sombra del jardín,
el humo de la iglesia y los cuerpos desnudos;
después viene el gemido
y la sombra del niño
para empezar de nuevo
la escarcha de otra historia.

MANUEL PACHECO



Voces y expresiones viciosas

Entredicho

La literatura actual se caracteriza por su desenfadado. De aquí que haya tantos poetas, tantos novelistas, tantos ensayistas... No se siente la responsabilidad del acto creador y cualquiera se lanza a componer versos, y escribir ensayos o novelas, o cuentos, o bien obras de teatro.

Dentro de esta manera de conducirse no es necesario una esmerada preparación cultural. Yo he conocido a un escritor que creía que el *Fausto*, de Goethe (1) estaba escrito en prosa, y a un poeta que atribuía a Heracles el cometido de Atlante de sostener con sus hombros el cielo. (El poeta se había echado la Mitología a las espaldas). Estas máculas del saber proclaman que nuestros estudios y lecturas son muy deficientes. Pero donde el mal se generaliza es en cuanto se refiere al lenguaje: instrumento difícil de tañer, ya que su uso correcto no puede improvisarse, aunque las Musas bajen del Helicón y nos asaeteen con sus dardos luminosos, y la fuente Castalia nos brinde el hechizo de sus aguas.

Hay quien escribe o dice *dislacerante* por dilacerante, *compartimento* por compartimiento, *picia* por pifia, *ínsula* por infula, *cerúleo* por céreo, *querría* por quería, sin darse cuenta que la erre es lo que distingue al potencial simple del pretérito imperfecto, y *quedar* por dejar, *placentero* por visible, *provinente* por proveniente, *buenísimo*, *ciertísimo*, *fuertísimo*, *nuevísimo*, etc., por bonísimo, certísimo, fortísimo, novísimo, etc. —superlativos con las radicales en forma latina-*feminidad* por femineidad, dedicar un disco *para* fulano de tal en vez de a fulano de tal, *sacaliña*, por *socaliña* y *espúreo* por espurio, que son expresiones más castizas y ejemplares por cuanto las emplean los autores de más renombre literario, y

(1) Don Juan Valera tradujo en verso algunas páginas.